

Á M. LEKAIN

16 de Diciembre de 1760.

No he querido contestaros, mi querido Roscio, hasta ver en qué quedaba todo este embrollo de papeles de *Tancredo*, y hasta que os viéseis desembarazado de la *Belle Pénitente* y en disposición de poner en escena nuevamente *Tancredo*.

Gracias á las bondades de M. y de Madama d'Argental, todo está arreglado, y si la pieza queda en el repertorio se deberá únicamente á su buen gusto y á sus infatigables cuidados. Os ruego que tengáis á bien conformaros por completo en la representación con la edición de Prault. No hay nada más ridículo que ver representar de una manera lo que está impreso de otra. No hay que sacrificar nunca el lenguaje y el estilo al aparato y á la acción. El interés debe consistir en lo que se dice y no en vanas decoraciones. El aparato, la pompa, la actitud de los actores y la mimica son cosas necesarias; pero es cuando de ello resulta alguna belleza y cuando todas estas cosas contribuyen á aumentar el interés. Una tumba, una habitación colgada de negro, una horca, una escala, individuos que se baten en la escena, cadáveres que hay que levantar, todo eso es muy bueno para enseñarlo como cosa rara y curiosa en el Puente Nuevo. Pero cuando esos sublimes títeres no se hallan ligados con el asunto, y cuando se presentan sin venir á cuento y sólo para divertir á los mancebos de barbería del patio, se corre el peligro de envilecer la escena francesa y de imitar lo más malo de los bárbaros ingleses. Esas farsas monstruosas dis-

traerán durante algún tiempo y no tendrán más resultado que apartar al público de los espectáculos antiguos y de los modernos.

Os ruego, pues, mi querido amigo, que no permitáis otro aparato teatral que el necesario, siempre que sea noble y decente.

Por lo que toca á *Tancredo*, creo, en primer término, que vuestros camaradas deben conformarse con su papel impreso, que en seguida deben ensayarlo, porque hay unos doscientos versos distintos de los de las primeras representaciones. Hasta creo que hay muchos más de doscientos; creo que debéis dar dos representaciones antes de que Prault ponga su edición en venta. Si la pieza tiene éxito, la venderá mucho mejor cuando esas dos representaciones le hayan dado realce y hayan hecho apreciar su mérito.

Os abrazo con todo mi corazón y os ruego que me escribáis.

AL SEÑOR MARQUÉS ALBERGATI CAPACELLI

Ferney, 23 de Diciembre de 1760.

Caballero, nos hallamos unidos por los mismos gustos, cultivamos las mismas artes y éstas han dado lugar á la amistad con que me honráis. Ellas solas ligan á las almas bien nacidas, siendo así que todo lo demás divide á los hombres. Sé desde hace largo tiempo que los principales señores de vuestras hermosas ciudades de Italia se reunen con frecuencia para representar, en teatros edificados con mucho gusto, ya obras dramáticas italianas, ya las nuestras. Eso hacen también algunas veces los príncipes de las casas más poderosas, y

es lo más noble y útil que ha podido inventar nunca el espíritu humano para formar y pulir las costumbres : es la obra maestra de la sociedad : porque, caballero, en tanto que el común de los mortales se ve obligado á trabajar en las artes mecánicas y á emplear felizmente el tiempo, los grandes y los ricos tienen la desgracia de verse abandonados á sí mismos, al hastío inseparable de la ociosidad, al juego, más funesto que el hastío, y á las pequeñas banderías, más peligrosas que el juego y la ociosidad.

Sois, caballero, uno de los que han prestado más servicios al espíritu humano en vuestra ciudad de Bionia, madre de las ciencias. Habéis representado en el campo y en el teatro de vuestro palacio, más de una pieza francesa elegantemente traducida en versos italianos; en la actualidad os dignáis traducir la tragedia *Tancredo*, y yo, que os imito desde lejos, tendré muy pronto el placer de ver representar en mi casa la traducción de una pieza de vuestro célebre Goldoni, al que he llamado y llamaré siempre pintor de la naturaleza. Digno reformador de la comedia italiana, la ha purgado de las farsas insípidas y de las groseras sandeces, cuando nosotros las habíamos ya adoptado en algunos teatros de París. Una cosa me sorprende sobre todo en las piezas de ese genio fecundo : es que acaban todas con una moralidad que recuerda el asunto y la trama de la pieza, y que prueba que dicho asunto y dicha trama están dispuestos para hacer á los hombres más prudentes y más buenos. ¿Qué es, en efecto, la comedia? El arte de enseñar la virtud y las buenas maneras en acción y en diálogos. ¡Qué fría es la elocuencia del monólogo en su comparación! ¿Ha podido jamás retenerse en la memoria una sola frase de treinta ó cuarenta mil discursos morales? ¿Quién no recuerda en

cambio estas sentencias admirables colocadas con arte en interesantes diálogos?

Homo sum, humani nihil a me alienum puto.
Apprime in vita est utile, ut ne quid nimis.
Natura tu illi pater es, consiliis ego, etc.

Esto es lo que constituye uno de los mayores méritos de Terencio, así como el de nuestras buenas tragedias y comedias. No han producido una admiración estéril, sino que con frecuencia han corregido á los hombres. He visto á un príncipe perdonar una injuria después de haber asistido á una representación de la *Clemencia*, de Augusto. Una princesa, que había despreciado á su madre, se echó á sus pies, al salir de la escena en que Rodolfo pide perdón á su madre. Un hombre conocido hizo las paces con su esposa después de asistir á una representación del *Préjugé à la mode*. He visto al hombre más orgulloso tornarse modesto después de ver la comedia el *Glorieux*; y podría citar más de seis hijos de familia á cuya enmienda ha contribuido el *Enfant prodigue*. Si los hacendistas no son más groseros; si los cortesanos no son ya insípidos petimetres; si los médicos han renunciado á sus hopalandas, á su gorro y á las consultas en latín; si algunos pedantes se han convertido en hombres, ¿á quién se debe sino exclusivamente al teatro?

¡Cuánto debemos compadecer á los que alzan su voz contra este primer arte literario y que se imaginan que se debe juzgar del teatro de hoy por los míseros tabladillos de nuestros siglos de ignorancia, y confunden á Sófocles, Menandro, Vario y Terencio con Tabarín y Polichinela!

¡Pero cuánto más dignos de compasión son aún los que admiten á Tabarín y Polichinela y rechazan á

Poliuto, Atalia, Zaira y Alzira. Son éstas contradicciones en que incurre diariamente el espíritu humano.

Perdonemos á los sordos, que hablan mal de la música, y á los ciegos, que abominan de la belleza; son, más que enemigos de la sociedad, conjurados para destruir su consuelo y su encanto; desdichados á quienes la naturaleza ha privado de algunos órganos.

Nos vero dulces teneant ante omnia musæ.

He tenido el placer de veros en mi casa representar *Alzira*, esa tragedia en que triunfan á un tiempo el cristianismo y los derechos de la humanidad. He visto en *Mélope* que el amor maternal hacía verter llanto sin el auxilio del amor galante. Estos asuntos conmueven el alma más grosera lo mismo que la más elevada; y si el pueblo asistiese á espectáculos más decentes, habría menos almas groseras y duras. Esto es lo que hizo de los atenienses una nación tan superior. Los obreros no iban á gastar en farsas indecentes el dinero que necesitaban para alimentar á sus familias; pero los magistrados convocaban, en las fiestas célebres, á la nación entera á representaciones que enseñaban la virtud y el amor á la patria. Los espectáculos que damos nosotros son una débil imitación de semejante magnificencia. Pero, en fin, dan alguna idea de ella. Es la mejor educación que se puede proporcionar á la juventud, el más noble descanso después del trabajo, la más excelente instrucción para toda clase de ciudadanos y casi la única manera de reunir á los hombres para hacerlos sociables.

Emollit mores nec sinit esse feros.

OVID., II, ex Ponto, ep. IX.

Por eso no me cansaré de repetir que el papa León X,

el arzobispo Trissino y el Cardenal Bibiena resucitaron entre vosotros el teatro, mientras que entre nosotros lo hicieron los cardenales de Richelieu y Mazarino: sabían que es preferible ver el *Edipo* de Sófocles que perder el pan de sus hijos en el juego, el tiempo en el café, la razón en la taberna, la salud en los asilos del desenfreno y lo que forma la dulzura de la vida en la privación de los placeres del espíritu.

Sería de desear, caballero, que los espectáculos fuesen en las grandes ciudades lo que son en vuestras tierras, en las mías y en las de tantos aficionados; es decir, que no fuesen mercenarios, y que los que están al frente de los gobiernos hicieran lo que nosotros hacemos y lo que han hecho tantas ciudades. Corresponde á los ediles dar diversiones públicas; si se convierten en una mercancía, corren el peligro de envilecerse. Los hombres tienen una gran tendencia á despreciar los servicios que pagan. Entonces el interés, más fuerte aún que el celo, da lugar á las cábalas. Los Claveret procuran perder á los Corneille y los Pradon pretenden aplastar á los Racine.

Es una guerra que constantemente renace, y en la que están siempre sobre las armas la maldad, el ridículo y la bajeza.

Á M. JUAN FRANCISCO CORNEILLE

Ferney, 25 de Diciembre de 1760.

Vuestra hija, señor, me parece digna del nombre que lleva por sus sentimientos. Mi sobrina, Madama Denis, cuida de ella como si fuera su propia hija. Tiene excelentes cualidades y ningún defecto. Es para mí el mayor consuelo en mi vejez poder contribuir en parte

á su educación. Cumple religiosamente todos sus deberes de cristiana, y manifiesta el mayor deseo de aprender cuanto conviene al nombre que lleva. Todos os que la conocen están sumamente satisfechos de ella. Es alegre, modesta, afable y laboriosa : no es posible poseer mejores dotes. Os felicito, señor, por tener semejante hija, y os doy gracias por habérmela confiado. Todos los que están ligados con ella por los vínculos de la sangre y los que se interesan por su familia, verán que, si era acreedora á mejor suerte, no tendrá motivos para quejarse de la que ha conseguido en casa. Otros podrían procurarle destino más brillante ; pero nadie seguramente se interesaría más por ella ni consagraría mayor respeto á su nombre ni más consideración hacia su persona. Mi sobrina se une á mí para reiteraros la seguridad de nuestros sentimientos y nuestros cuidados.

Á M. DEODATI DE TOVAZZI

ACERCA DE LA LENGUA ITALIANA

Castillo de Ferney, el 24 de Enero de 1761.

Agradezco mucho, caballero, el honor que me hacéis enviándome vuestro libro sobre la excelencia de la lengua italiana ; es lo mismo que enviar á un amante el elogio de su amada. Permitidme, sin embargo, algunas reflexiones en favor de la lengua francesa, que parecéis desdeñar más de lo justo. Con frecuencia, cuando la querida se muestra demasiado agresiva, tiene uno que defender á su esposa.

Creo, caballero, que no hay ninguna lengua perfecta. Sucede con ellas como con muchas otras cosas, en que

los ignorantes han impuesto la ley á los sabios. El pueblo ignorante es el que ha formado las lenguas ; los obreros han dado nombre á todos sus instrumentos ; las tribus nómadas, apenas reunidas, han dado igualmente nombre á todas sus necesidades, y al cabo de gran número de siglos los hombres de genio han tenido que servirse como han podido de los términos que el pueblo forjó á la aventura.

Paréceme que sólo hay en el mundo dos lenguas verdaderamente armoniosas, la griega y la latina. Son, en efecto, las únicas cuyos versos tienen verdadera medida, ritmo fijo, verdadera mezcla de dáctilos y espondeos, y valor real en las sílabas. Los ignorantes que formaron esas dos lenguas tenían, sin duda, la cabeza más sonora, el oído más fino y los sentidos más delicados que las demás naciones.

Tenéis, como decís muy bien, caballero, sílabas largas y breves en vuestra hermosa lengua italiana ; también nosotros las tenemos ; pero ni vosotros, ni nosotros, ni ningún otro pueblo poseemos verdaderos dáctilos y verdaderos espondeos. Nuestros versos se hallan caracterizados por el número, y no por el valor de las sílabas. *La bella lingua toscana è la figlia primogenita del latino.* Gozad en buena hora vuestro derecho de primogenitura, pero dejad á las hermanas menores alguna parte en la herencia.

He respetado siempre á los italianos como á nuestros maestros ; pero no me negaréis que habéis formado bastante buenos discípulos. Casi todas las lenguas de Europa tienen bellezas y defectos que se compensan. Carecéis, por ejemplo, de las melodiosas y nobles terminaciones de las palabras españolas, á la que prestan tanta sonoridad la feliz concurrencia de vocales y consonantes : *los ríos, los hombres, las historias, las cos-*

tumbres. También os faltan los diptongos, que producen en nuestra lengua tan armonioso efecto: *les rois, les empereurs, les exploits, les histoires*. Nos echáis en cara nuestra *e muda* como un sonido triste y sordo que expira en nuestra boca; pero precisamente la gran armonía de nuestra prosa y de nuestros versos estriba en esa *e muda*. *Empire, couronne, diadème flamme, tendresse, victoire*; todas estas desinencias felices dejan en el oído un sonido que subsiste aun después de pronunciada la palabra, como un clavicordio cuyas cuerdas resuenan cuando los dedos han dejado de tocar las teclas.

No podéis negar, caballero, que la prodigiosa variedad de todas estas desinencias puede llevar no poca ventaja á las cinco terminaciones de vuestra lengua. Y aun de esas cinco hay que quitar la última, porque sólo tenéis siete ú ocho palabras que terminan en *u*. Quedan, pues, cuatro sonidos, *a, e, i, o*, en que terminan todas las palabras italianas.

¿Creéis de buena fe que el oído de un extranjero ha de sentirse muy lisonjeado al leer por primera vez: *Il capitano che'l gran sepolcro liberó di Cristo, e che molto opró col senno e colla mano*? ¿Creéis que todas esas *o* suenan muy agradablemente en un oído no acostumbrado á ellas? Comparad esa triste uniformidad tan fatigosa para un extranjero, comparad esa sequedad con estos dos simples versos de Corneille:

Le destin se déclare, et nous venons d'entendre
Ce qu'il a résolu du beau-père et du gendre.

Ya véis que cada palabra termina de un modo diferente. Pronunciad ahora estos dos versos de Homero:

Εξ οὐ δὴ τα πρώτα διασήτην εἰσικατε
Ἀτρείδης τε ἄναξ ἀνδρῶν, καὶ διο; Ἀχιλλείας

Pronúnciense estos versos delante de una joven inglesa ó alemana que tenga el oído algo delicado; dará la preferencia al griego, tolerará el francés y le chocará bastante la repetición continua de las desinencias italianas. Es un experimento que he hecho varias veces.

Vuestros poetas, que han contribuido á formar vuestra lengua, se han dado hasta tal punto cuenta de este vicio radical de la terminación de las palabras italianas, que han suprimido las letras *e* y *o* en que terminan los infinitivos, los pretéritos perfectos y los nominativos. Así dicen *amar* por *amare*, *nocqueron* por *nocqueron*, la *stagion* por *la stagione*, *buon* por *buono*, *malevol* por *malevole*. Habéis querido evitar la cacofonía, y para eso tenéis que recurrir con mucha frecuencia á terminar los versos con la letra canina *r*, cosa que los griegos no hicieron jamás.

Confieso que la lengua latina debió durante largo tiempo parecer ruda y bárbara á los griegos por la frecuencia de sus *ur* y de sus *um* y por la multiplicidad de sus nombres propios terminados en *us*. Nosotros hemos alterado mucho más que vosotros esa uniformidad. Si Roma estaba llena en otro tiempo de senadores y senadores en *us*, ahora no se ven en ella sino cardenales y abates en *i*.

Os vanagloriáis, caballero, y con razón, de la extremada abundancia de vuestra lengua; pero debéis observar que no es tan grande nuestra penuria. No hay, en verdad, ningún idioma en el mundo que pinte todos los matices de las cosas. En este punto todas las lenguas son pobres. Ninguna puede expresar, por ejemplo, en una sola palabra, el amor, fundado en la estima ó en la belleza sola ó en la conformidad de caracteres ó en la necesidad de amar. Lo mismo sucede

con todas las pasiones y con todas las cualidades de nuestra alma. Lo que mejor se siente es con frecuencia lo más difícil de expresar.

Pero no os figuréis, caballero, que nos hallamos reducidos á la mayor indigencia, como parecéis echarnos en cara. Habéis formado una lista, en dos columnas, de vuestro lujo y de nuestra pobreza. Ponéis en una columna *orgoglio*, *alterigia*, *superbia* y en la otra columna ponéis solamente *orgueil*. Sin embargo, caballero, tenemos *orgueil*, *superbe*, *hauteur*, *dédain*, *fierté*, *morgue*, *élévation*, *arrogance*, *insolence*, *gloire*, *gloriole*, *présomption*, *outréouissance*. Todas estas palabras expresan matices diferentes, de igual manera que, en vuestra lengua, no son siempre sinónimos *orgoglio*, *alterigia*, *superbia*.

Nos echáis en cara, en vuestra lista de miserias, el no tener sino una palabra para expresar *vaillant*.

Ya sé, caballero, que vuestra nación es muy valiente, cuando quiere y cuando la obligan á ello. Alemania y Francia han tenido la dicha de tener á su servicio muy valientes y muy ilustres oficiales italianos.

L'italico valor non è ancor morto.

Pero si tenéis *valente*, *prode*, *animoso*, nosotros también tenemos *vaillant*, *valereux*, *preux*, *courageux*, *intrépide*, *hardi*, *animé*, *audacieux*, *brave*, etc. Este valor y esta bravura tienen varios caracteres diferentes y cada uno se expresa con un término propio. Diríamos muy bien que nuestros generales son valientes, animosos, bravos, etc., pero sabríamos distinguir el valor vivo y audaz del general que se apoderó, espada en mano, de todas las obras de Port-Mahon talladas en la roca viva; y la firmeza constante, reflexiva y diestra con que uno de nuestros jefes salvó una guarnición

entera de una pérdida segura y llevó á cabo una marcha de treinta leguas á la vista de un ejército enemigo de treinta mil combatientes.

Estad, pues, seguro, caballero, de que tenemos en nuestra lengua todos los recursos necesarios para dar á entender todo lo que los defensores de nuestra patria ó pais han tenido el mérito de llevar á cabo.

Nos insultáis con la palabra *ragoût*; os figuráis que no tenemos sino este término para expresar todos los elementos que componen nuestra mesa y nuestros menús. Ojalá tuviéseis razón, pues yo estaría mucho mejor de salud; pero desgraciadamente poseemos un diccionario entero de cocina.

Os vanagloriáis de tener dos expresiones para significar *gourmand*; os suplico, caballero, que tengáis lástima de nuestros *gourmands*, *goulus*, *friands*, *mangeurs* y *gloutons*.

No conocéis sino la palabra *savant*; agregad á ella, si os place, *docte*, *érudit*, *instruit*, *éclairé*, *habile*, *lettré*; hallaréis entre nosotros el nombre y la cosa. Podéis estar seguro de que lo mismo sucede con todos los reproches que nos hacéis. Es cierto que no tenemos diminutivos; pero tuvimos tantos como vosotros en tiempos de Marot, Rabelais y Montaigne; pero esta puerilidad nos ha parecido indigna de una lengua ennoblecida por los Pascal, los Bossuet, los Fenelón, los Pellisson, los Corneille, los Despréaux, los Racine, los Massillon, los La Fontaine, los La Bruyère, etc.; hemos dejado á Ronsard, á Marot y á Du Bartas los diminutivos inofensivos en *otte* y en *ette*, y sólo hemos conservado *fleurette*, *amourette*, *fillette*, *grisette*, *grandelette*, *vieillotte*, *nabotte*, *maisonnette* y *vieillotte*. Aun éstos sólo los empleamos en estilo muy familiar. No

imitéis al *Buonmattei*, que en su arenga á la Academia de la Crusca hace valer tanto la ventaja exclusiva de emplear *corbello* y *corbellino*, olvidando que nosotros tenemos *corbeille* y *corbillon*.

Tenéis, en cambio, caballero, ventajas más efectivas, como la de las inversiones y la de poder hacer más fácilmente cien buenos versos en italiano que nosotros diez en francés. La razón de esta facilidad consiste en que permitís el *hiato*, cosa que nosotros proscribimos, y en que todas vuestras palabras terminadas en *a, e, i, o* os suministran por lo menos veinte veces más rimas de las que nosotros poseemos; eso sin contar con que además podéis prescindir de la rima. Estáis menos sometidos que nosotros al hemistiquio y á la cesura; bailáis libres y nosotros bailamos encadenados.

Pero creedme, caballero, no echéis en cara á nuestra lengua ni la rudeza, ni la falta de prosodia, ni la obscuridad, ni la sequedad. Vuestras traducciones de algunas obras francesas demostrarían lo contrario. Leed por otra parte todo lo que han escrito MM. d'Olivet y Dumarsais acerca del modo de hablar bien nuestra lengua; leed también á M. Duclos; ved con cuánta fuerza, claridad, energía y gracia se expresan MM. d'Alembert y Diderot.

¡Qué expresiones pintorescas emplean con frecuencia M. de Buffón y M. Helvetius en obras que al parecer no se prestan siempre á ello!

Acabo esta carta demasiado larga con una reflexión. Si el pueblo ha formado las lenguas, los grandes hombres las perfeccionan con los buenos libros; y la primera de todas las lenguas es aquella que cuenta con mayor número de excelentes obras.

Tengo el honor de ser, caballero, con la mayor estima hacia vuestra persona y hacia la lengua italiana, etc.

Á MADAMA DE FONTAINE

EN HORNOY

Ferney, 27 de Febrero de 1761.

Nuestras montañas cubiertas de nieve, y mis cabellos, que se han puesto tan blancos como ellas, me han vuelto perezoso, querida sobrina; escribo muy rara vez, y lo siento en el alma, porque es un gran consuelo escribir á las personas que nos son queridas: es una linda invención la de poder hablarse á ciento cincuenta leguas de distancia por veinte sueldos.

¿Habéis leído la novela de Rousseau? Si no la habéis leído, tanto mejor; si la habéis leído os enviaré las cartas del marqués de Ximénès acerca de esta novela suiza.

Seguimos enseñando la ortografía á la prima hermana de *Poliuto* y de *Cinna*. Mucho me engañaría si llega jamás á hacer una tragedia; en cambio borda en tapicería. Creo que es una de las bellas artes; porque Minerva, como sabéis, era la primera bordadora del mundo. Vuestra hermana embellece el interior de Ferney y yo me arruino con lo de fuera. Es un negocio terrible el fundar algo. Habéis hecho muy bien en limitaros á remendar.

Supongo que actualmente os halláis cómodamente instalados en vuestro castillo; pero os compadezco por no tener ni un gran jardín ni un gran lago. Es muy bueno tener abundantes mieses, pero es preciso que la vista esté satisfecha.

Por mucho que haga el caballero mayor de Ciro ¹,

I. M. de Florián.

no podrá formar un paisaje donde la naturaleza no lo permite. Temo que á la larga os hastiéis de eso. Cuando deseéis ver algo muy superior á las Delicias, venid á nuestra casa de Ferney; sobre todo no vayáis nunca á París; es residencia buena sólo para los que tienen ilusiones y para los arrendadores generales. Viva el campo, mi querida sobrina. Vivan las tierras y, sobre todo, las tierras libres, donde uno es dueño absoluto y donde no hay que pagar vigésimas. Vale mucho la independencia; pero haber descubierto el secreto de ser independiente en Francia, vale más que haber compuesto la *Henriada*.

Vamos á tener cerca de las Delicias una comparsa de titiriteros, que con la nuestra hará dos.

¿Está vuestro jurisconsulto en Hornoy ó en París? ¿Ha ido á juzgar vuestro aprendiz de consejero, que escribe tan lindas cartas á sus parientes todos los días de correo? ¿Montáis á caballo? Daumart está en cama desde hace cinco meses sin poder moverse. Tronchin os curó á vos porque no os hizo nada; pero respecto á Daumart, por haberle hecho algo, el pobre muchacho morirá, ó si vive, será peor que si se muriera. Es una desdichada criatura el tal Daumart; pero su padre era aún más tonto que él, y su abuelo mucho más aún que su padre. No he conocido al bisabuelo, pero debía ser un hombre muy raro.

Empecé mi carta con la novela de Rousseau y quiero terminarla con la de la Popelinière. Os juro que es una de las obras más absurdas que se han escrito; si llega á ser otra por el mismo estilo, entrará en la Academia.

Buenas noches; pasadlo bien. No os escribo de mi propia mano: dicen que tengo la gota; pero yo creo que son voces que hacen correr mis enemigos. Os abrazo de todo corazón.

Á. M. DUCLOS

Ferney, 10 de Abril de 1761.

Os aseguro, caballero, que me procuráis el mayor placer anunciándome que la Academia va á hacer á Francia y á Europa el favor de publicar una colección de nuestros autores clásicos con notas que fijen la lengua y el gusto, cosas ambas bastante inconstantes en nuestra voluble patria.

Paréceme que la señorita Corneille tendría derecho á disgustarse conmigo si no me encargase por mi parte del gran Corneille.

Solicito, pues, de la Academia el permiso para tomar á mi cargo este trabajo, en el caso de que nadie lo haya acotado hasta ahora.

¿Piensa la Academia imprimir las obras de cada autor clásico? ¿Habrà que anotar *Agésilas* y *Atila* lo mismo que *Cinna* y *Rodoguna*? ¿Queréis tener la bondad de ponerme al corriente de los propósitos de la corporación? ¿Quiere que se haga una crítica razonada y que se haga resaltar lo bueno, lo mediano y lo malo? ¿Desea que se note lo que se usaba antiguamente y ha caído en desuso, y que se distingan las licencias poéticas de las faltas? ¿No ha pensado en proponer un pequeño modelo al que haya que ajustarse? ¿Urge la obra? ¿Cuánto tiempo se me da?

Puesto que tienen á bien colocar mi flaco rostro bajo el carirredondo señor cardenal de Bernis, tendré el honor de enviaros lo más pronto posible mi cabe-cita con su peluca incipiente. El original hubiera deseado ir en persona á renovar á la Academia el testimonio de su adhesión y respeto; pero los labradores,

viñadores y jardineros me imponen la ley : *E nitido fit rusticus*. Estad, sin embargo, seguro de que en el fondo de mi corazón sé muy bien que vale mucho más oiros á vosotros que plantar moreras blancas.

AL SEÑOR ABATE DE OLIVET

En Ferney, muy cerca de vuestro Franco-Condado,
10 de Abril de 1761.

Mi querido maestro : ¿ es posible que no hayáis recibido un paquete que envié hace tres semanas á las señas que me indicásteis ? ¿ Ó es acaso que mi paquete no merece una palabrita de vuestra parte ?

¿ Estáis enfermo ? ¿ os habéis vuelto acaso perezoso ?

Ea, ya marcha viento en popa vuestro antiguo proyecto de publicar una colección de autores clásicos. No había nada más glorioso para la Academia ni más útil para los extranjeros. Ya es hora de precaver, y casi diría de contener, la decadencia de la lengua y del gusto. ¿ De qué grande hombre os encargáis ? Por mi parte he tenido la impudencia de pedir á Pedro Corneille. Es lo mismo que si La Rose quisiese hablar de las campañas de Turena.

Cornelium, Olivete, relegi,
Qui quid sit magnum, qui turpe, quid utile, quid non,
Plenius ac melius Rousseau multisque docebat;

y añadiría :

• Quan scit uterque, libens censebo, exerceat artem.

La tragedia es un arte que acaso he cultivado mal; pero pertenezco al número de esos emborronadores curiosos que, siendo apenas capaces de igualar á

Persón, conocen, sin embargo, muy bien los quilates de los grandes maestros. En una palabra : si nadie ha solicitado á Corneille, yo lo solicito, y ya he escrito á M. Duclos. Creo que habéis hecho una excelente adquisición en M. Saurin. Es literato y hombre de genio. Decidme quién se encarga de La Fontaine.

En otro tiempo había yo empezado un trabajo sobre él con arreglo á vuestro proyecto; pero no sé adónde ha ido á parar. En mis frecuentes viajes he perdido las tres cuartas partes de mis papelotes y aún me quedan demasiados. *Vive, vale, scribe, Ciceroniane Olivete.*

AL SEÑOR ABATE TROUBLET

QUE LE HABÍA ENVIADO SU DISCURSO DE RECEPCIÓN EN
LA ACADEMIA FRANCESA.

Castillo de Ferney, 27 de Abril de 1761.

Señor, vuestra carta y vuestra conducta generosa son pruebas de que no sois mi enemigo, al paso que vuestro libro hacía sospechar que lo érais. Prefiero dar crédito á vuestra carta más bien que á vuestro libro : habíais dicho en él que yo os hacía bostezar, y yo dije á mi vez que me daba risa. Resulta de todo esto que vos sois difícil de contentar, y que yo tengo malas pulgas; pero, en fin, entre bostezos y risas, ya sois mi colega, y hay que olvidarlo todo como buenos cristianos y buenos académicos.

Me ha gustado mucho vuestro discurso, y os agradezco en el alma que hayáis tenido la bondad de enviármelo; con respecto á vuestra carta : *Nardi parvus onyx eliciet cadum*. Dispensad que os cite á Horacio,

á quien nunca citaban vuestros héroes M. de Fontenelle y de Lamotte. En conciencia, debo declararos que no soy más malicioso que vos, y que en el fondo hasta soy un buen hombre. Es verdad que habiendo reflexionado desde hace algunos años que no se ganaba nada con serlo, me he vuelto un tantico alegre, porque me han dicho que eso es bueno para la salud.

Por otra parte, nunca me he creído bastante importante ni bastante considerable para desdeñar siempre á ciertos ilustres enemigos que me han atacado personalmente durante unos cuarenta años, y que, unos después de otros, han tratado de dar conmigo en tierra. Únicamente por pura modestia les he dado al fin con la badila en los nudillos. Me creí á su nivel *et in arenam cum æqualibus descendí*, como dice Cicerón.

Creed, señor, que hago gran diferencia entre vos y ellos; pero recuerdo que mis rivales y yo, cuando me hallaba en París, éramos todos muy poca cosa, pobres aprendices del siglo de Luis XIV, unos en verso, otros en prosa, y otros mitad en prosa y mitad en verso, á cuyo número tenía yo el honor de pertenecer.

Infatigables autores de piezas medianas, grandes compositores de fruslerías que pesábamos gravemente huevos de mosca en balanzas de tela de araña. Casi no he visto sino charlatanería de poca monta, y comprendo perfectamente el valor de semejantes nonadas; pero como comprendo igualmente la nada de todo lo demás, imito al *Vejanius* de Horacio (lib. 1, ep. 1):

Vejanius, armis
Herculis ad postem fixis, latet abditus agro.

Desde este retiro os declaro con toda sinceridad que encuentro cosas útiles y agradables en todo lo que habéis hecho, que os perdono cordialmente el haberme

pellizado, que siento en el alma haberos dado algunos alfilerazos, que vuestro proceder me desarma para siempre, que la bondad vale más que la burla, y que soy, mi querido colega, de todo corazón, con verdadera estima y sin cumplimiento, como si nada hubiera pasado, vuestro, etc.

AL SEÑOR MARQUÉS ALBERGATI CAPACELLI

Ferney, 1.º de Mayo de 1761.

Señor, no juzguéis de mis sentimientos por mi largo silencio; estoy abrumado de enfermedades y trabajos. Horacio podría decirme (lib. II, oda XVIII):

Tu secunda marmora
Locas sub ipsum funus, et sepulchri
Inmemor, struis domos.

Figuraos lo que es tener que roturar desiertos, hacer que los alóbroges edifiquen casas á la italiana, tener que acabar la historia del zar Pedro, y arreglar un teatro para gentes que gozan de buena salud en un tiempo en que parece imposible. Creo que el mismo signor Carlo Goldoni se vería muy embarazado, y que habría que perdonarle el que se mostrase algo perezoso con sus amigos. Recibo en este momento su nuevo teatro. Doy igualmente las gracias á vos y á él, caballero. Tan pronto como tenga un momento leeré sus nuevas piezas, y creo que hallaré siempre en ellas esa variedad y esa naturalidad encantadora que constituyen su carácter. Veo con pena, al abrir el libro, que se intitula poeta del duque de Parma; paréceme que Terencio no se llamaba el poeta de Escipión. No se